

Fiscal Regional, Sr. Xavier Armendáriz Salamero.  
Ministerio Público de Chile  
Fiscalía Regional Metropolitana Oriente.  
Oficina de Partes.  
Los Militares 5550. Santiago.

Estimado Señor Armendáriz:

Después de leer el artículo del Párroco Hans Kast, (El Mercurio 17 de Mayo de 2010, C7), donde expresa, *"Todas las personas deben reportar ante las instituciones civiles y eclesiásticas cualquiera situación que estimen irregular, porque si alguien ha sufrido algo y no lo reporta, es imposible llegar a la verdad"* y de conversar con María Loreto Cuadra de la Fiscalía Oriente, he tomado la decisión de dirigirme a Usted aportando mi testimonio de lo vivido y experimentado en relación al caso del sacerdote Fernando Karadima que Usted investiga.

El sábado [REDACTED] y mi vínculo con la parroquia de El Bosque se remonta a mi primera comunión el año [REDACTED]

A los 12 años, cuando cursaba el segundo año de humanidades, en plena pre adolescencia y tal vez por la ausencia prolongada de mi padre, sentí una necesidad de búsqueda espiritual para encontrar respuestas a las muchas dudas que tenía de la vida. Comencé a asistir a la Parroquia a la misa de las 7am antes de ir al colegio.

En la iglesia me encontré con un grupo de compañeros del Colegio, mayores que yo, que iban en auto y me ofrecían llevarme de vueltas con ellos. Me sentía muy bien; protegido, miembro de una comunidad estructurada, que me acogía y me invitaba a participar. Había encontrado un camino.

Los días sábados después de almuerzo comencé a asistir a los grupos de la Acción Católica, formada mayormente por jóvenes de distintos colegios y guiados por el Padre Raúl ( Hunneus o Claro, no recuerdo bien ahora).

2.

El padre Raúl era un seminarista residente de la parroquia. Su habitación quedaba en el segundo piso del ala de dormitorios del edificio. Inmediatamente mostró un especial interés por mí, que yo interpreté como un genuino cariño y amistad.

El **Padre Fernando Karadima** era sacerdote, además de ser una figura central en la jerarquía de la parroquia, como confesor y guía espiritual de los seminaristas y de los jóvenes de la A.C. Oficiaba la misa de las 7am y después nos invitaba al comedor de la parroquia a desayunar. Todo un privilegio.

Recuerdo haberme confesado muchas veces con él, ya que era requisito para recibir el sacramento de la Comunión estar en estado de pureza. Las confesiones las hacía no en los espacios laterales del confesionario, sino que frente a él, yo de rodillas y él sentado muy próximo a mí de modo que podía sentir su aliento.

Los temas de la confesiones eran siempre sexuales y en particular en torno a la masturbación. Su interés era saber cuáles eran mis fantasías sexuales. Recuerdo sus palabras indicando que, producto de la masturbación el corazón latía más rápido, la respiración se incrementaba y la voluntad se perdía lo que a la larga producía pérdida de memoria y problemas mentales.

Estas ideas me impactaron y ahora veo cómo produjeron en mi vida un enorme sufrimiento al inconscientemente relacionar el natural goce sexual con enfermedades mentales. Los resultados se manifestaron, no solo en dos fracasos matrimoniales sino en una profunda insatisfacción con la vida y conmigo mismo. He tenido que recurrir a psicoterapias para gradualmente aclarar esta oscura y depresiva situación.

El Padre Raúl era muy cercano a mí y yo sentía que me apoyaba en mi lucha por alcanzar la pureza y vencer la tentación del sexo. Además escuchaba y parecía acompañarme en el dolor que yo sentía por la separación de mis padres. Me invitaba a rezar juntos el Rosario en la Iglesia y el cariño que me expresaba me hacía sentirlo como a un pseudo padre.

La intimidad iba en aumento, a tal punto que un día me invitó a subir a conocer su dormitorio. A mí me parecía un privilegio y un honor el ser invitado al lugar más íntimo del Padre Raúl.

Nunca se me ocurrió pensar en nada malo, sin embargo cuando entramos a su cuarto y él se acostó en su cama invitándome a que nos abrazáramos, ése fue la primera vez que instintivamente sentí que **algo no estaba bien**. Esta situación se repitió 2 veces más y fue entonces que decidí contarle a mi madre.

Recuerdo la indignación en su rostro y cómo me obligó a llevarla inmediatamente a la Iglesia a buscar al Padre Raúl.

3.

Recuerdo lo horrible que me sentí durante ese encuentro que marcó mi vida: mi mundo se derrumbaba y frente a los gritos, descalificaciones e insultos de mi madre, la negación y el cinismo del Padre Raúl, sentí la culpa de mi ingenuidad, la rabia por la insinceridad y el abuso del Padre Raúl y la tristeza inmensa de perder lo que creía haber encontrado.

Han transcurrido 50 años desde este incidente que cambió mi vida, alejándome del camino de la Iglesia y dejándome un profundo vacío existencial hasta hoy. El conocimiento público de los casos de abusos sexuales a menores por sacerdotes católicos en Estados Unidos, primero y luego en Irlanda fueron para mí enormes signos de esperanza en el sentido de sentir que lo mío no era un hecho aislado y que era posible transmutar mi sufrimiento en un elemento generador de sanación para mí y para otros.

Cuando se reveló la historia del Padre Fernando Karadima y la parroquia de El Bosque me sentí asombrado pues se trataba de víctimas mucho más jóvenes que yo. Es decir había una continuidad a partir de los años 60.

No ha sido simple tomar esta decisión pues es más fácil guardar el silencio e internalizar el dolor. Sin embargo, también existe la conciencia del enorme daño que puede causar un Pastor *enfermo* a su Congregación y un Guía espiritual a sus discípulos.

En definitiva, si no se denuncia no existe la posibilidad de sanación para tantas víctimas y sobre todo para proteger y salvar a los niños del presente y del futuro, de este tormento y de las horrorosas consecuencias en sus vidas posteriores. Éste es el sentido último de esta carta/denuncia.

Agradeciendo su Presencia, me despido muy cordialmente,

[Redacted signature]

Santiago, 18 de mayo del 2010

[Redacted address]